E. LÓPEZ-MARÍN

LA NIÑA BONITA

JUGUETE CÓMICO

en un acto, original y en prosa

(REFUNDICIÓN DE OTRA OBRA DEL MISMO AUTOR)



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

LA NIÑA BONITA

E. LÓPEZ-MARÍN

LA NIÑA BONITA

JUGUETE CÓMICO

en un acto, original y en prosa

(REFUNDICIÓN DE OTRA OBRA DEL MISMO AUTOR)

Estreno: Teatro Eslava de Madrid, 13 Febrero 1904



MADRID
E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
1904

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARICHU.................	Sra. D.ª	Concha Olona.
MARIANA.................	Srta.	Ana Quijada.
NIEVES..................		Mercedes Baró.
SATURNINA, *planchadora* ..	Sra. D.ª	Adriana Corona.
MANOLO..................	Sr. D.	Manuel Salvat.
PERALITO................		Eugenio Peral.
CELES...................		Fernando Venegas.
DON HILARIO............		Antonio Alonso.
QUINTIN, *criado vascongado*..		Rogelio Juárez.

La acción en un elegante hotel de viajeros de Madrid.
Epoca actual (invierno)

Derecha é izquierda, las del actor



DECORACIÓN

Interior de un gabinete alfombrado y decorado con lujo y buen gusto, dispuesto en la siguiente forma:



1—Puerta practicable de dos hojas con cerradura, que juega á su tiempo.

2—Idem íd. del foro, con pestillo que abre y cierra.

3—Idem cerrada, que no juega. Las tres puertas con cortinajes.

4—Chimenea con leña ardiendo. Sobre ella, candelabros, reloj que marca las cinco, espejo grande tapizado, atriles con retratos, etcétera, etc. Delante de la chimenea una pantalla en medio de las butaquitas enanas.

5—Piano con candeleros y bujías que se encienden. El piano cubierto por un elegante tapete; sobre éste, retratos. búcaros, papeles de música y una partitura de *La Bohemia*. Delante del piano, taburete.

6—Sofá.

7—Mesa de tresillo. Sobre ésta libros, recado de escribir, caja de pinturas al óleo, una tablita paleta y pinceles; un retrato de MANOLO colocado en un atril, periódicos, un cepillo de ropa, otro de botas y una caja de cerillas.

8—*Chaisse-longue*.

9—Armario de luna. En ambos lados de la cornisa lámparas incandescentes encendidas todo el acto. Dentro del armario una corbata blanca de lunares, un chaleco *fantasía*, una americana y un sombrero de copa.

10—Columna que sostiene una palmera de salón.

⊞ Butaquitas enanas.

╳ Perchero, con pie, de madera curvada. Sobre este un gabán y un sombrero hongo.

☐ Sillas de tapicería.

☒ Sillas volantes.

En el centro de la escena, colgada del techo, araña de brazos con lámparas eléctricas que encienden á su tiempo por medio de un conmutador colocado en sitio visible cerca de la puerta del foro.

Por las paredes, en artístico desorden, cuadritos pequeños al óleo, retratos de artistas, dos títulos académicos, etc.

El aspecto general de la habitación, simpático. Es el cuarto de un hombre soltero y rico.

ESCENA PRIMERA

MANOLO, en mangas de camisa frente al armario de luna, terminando de vestirse. Cerca de él QUINTÍN, que le ayuda

QUIN Corbata que te pones ¿dises?
MAN. Sí, hombre. Blanca, de lunares, ahí está. (En el armario.)
QUIN. Blanca... blanca... lunares que te buscas... no te atinas, pues.
MAN. Pero, oye tú, ilustre Quintín.
QUIN. ¿Qué te dises?

MAN. ¿Cuándo vas á perder la costumbre de tutearme?

QUIN. ¿Cómo?

MAN. ¿Que cuándo vas á aprender el castellano?

QUIN. Castellano que te hablas pues, bien claro te digo.

MAN. ¡Y dale con el te!

QUIN. ¡Dale!... ¡Dale!... Olvidas usté que no te dise. Aquí tienes usté corbata que te pides. (Dándole la corbatita de referencia.)

MAN. ¡Venga!... (Se la pone, si sabe, con cierto buen gusto.) El chaleco. (El criado vuelve á buscar en el armario lo que pide el señorito.) Pues señor... hoy es uno de esos días en que me encuentro realmente simpático. A Mariana le gustan mucho los hombres distinguidos... Ella es tan elegante, tan moderna y tan linda... ¡Ay! (Suspirando.)

QUIN. ¿Qué dises ¡ay!

MAN. ¿A tí que te importa?... ¿Me das ese chaleco?

QUIN. Bay. (Le entrega uno obscuro.)

MAN. No, hombre; ese no. El de fantasía. Ella sí, es algo coqueta; pero la coquetería es en la mujer lo mismo que las flores, la hacen más agradable. Se asegura que el de la Embajajada la acompañó este verano en Biarritz con peligrosa frecuencia. Y que si... ¡Bah!... ¿Qué mujer galante no tiene un poco de historia íntima que contar?... ¡Pobrecitas!... Eso las hace más interesantes. Que lo diga Nieves, la hermosa Nieves.

QUIN. (Con otro chaleco.) Otro chaleco.

MAN. Trae. Esto se llama ponerse la corbata con exquisita distinción. Un escritor francés asegura que ningún hombre debe tardar menos de media hora en ponerse la corbata. Y tiene razón. ¿Verdad, Quintín?

QUIN. No sé que te hablas.

MAN. ¿Tú no sabes quién es ese escritor francés?

QUIN. Garibaldi.

MAN. ¡Qué bárbaro eres!... Garibaldi era italiano.

QUIN. ¿No gastaba corbata, pues?

MAN. Sí, hombre.

QUIN. Entonses... ¿qué más da?

MAN. Tú no sabes una palabra del difícil arte de vestir. Eso no está al alcance de todas las inteligencias.

QUIN. ¿Dises que no te sabes vestir?

MAN. Digo que no sabes tú.

QUIN. Parese que te llamas para que ayudes vestir cuando salto de cama. ¡Virgen, qué señorito te estás!

MAN. Bueno, venga la americana.

QUIN. ¿Asul quieres?

MAN. Es natural. La de este traje.

QUIN. Como antes de almorsar te pones ropa diferente...

MAN. ¿Quieres que salga por la tarde con un traje de mañana?... ¿No comprendes que eso sería un delito de lesa indumentaria?

QUIN. ¿Lesa?... No te comprendes.

MAN. Es igual. Cada día estás más bruto.

QUIN. Tú me enseñas pues... Cosas que dises, atensión que te escuchas...

MAN. Sí, hombre, sí; tú me escuchas con atención, pero no te enteras de nada.

QUIN. ¿Sombrero quieres?

MAN. El de copa. (Que lo saca de la sombrerera y lo peina al revés con un cepillo de botas.) Y tráeme el gabán obscuro. Pero, qué haces? ¿Lo peinas al reves y con el cepillo de las botas?

QUIN. ¡Más lustre sacas!

MAN. ¡Quita, animal!... Vete de aquí, porque te voy á tirar cualquier cosa...

QUIN. ¡Virgen!... Siempre pagas conmigo torpesas que te hases...

MAN. ¡Largo!

QUIN. ¡Largo!... ¡Incomodas en seguida!... Tiras cosas, todo rueda mal humor que te pones. (Mutis primera derecha.)

ESCENA II

MANOLO; á poco PERALITO y CELES; ambos son chicos elegantes que visten á la última moda

MAN. Esta es otra de las manías rancias de la familia. ¡Qué empeño en que yo tenga este melón de ayuda de cámara!... ¡Si no fuera tan fiel!... Pero, señor, ¡es tan bruto!... Y además, hay que enseñarle á hablar el castellano, que es otra molestia. Nada, nada, (Dirigiéndose á la primera derecha.) el verano que viene te mando á tu tierra y me traigo un suizo, que es el criado modelo. (Aparecen en la puerta del foro Peralito y Celes.) ¡Ya lo sabes! (Dando un puñetazo sobre la mesa con cierta indignación.) ¡Es mi última decisión!

CELES ¿Con quién habla?

PER. Con el espacio. Estás como un organillo descompuesto. (A Manolo.)

MAN. ¡Hola! (Con sequedad.)

PER. ¿A quién le dabas esas voces?

MAN. ¡A ese bárbaro que tengo á mi servicio!

CELES ¡La has tomado con él!

MAN. No tenéis idea de sus torpezas.

PER. ¡Pobrecillo!

MAN. ¡Si os tuviera que vestir á vosotros... bonitos saldríais á la calle!... Mirad lo que ha hecho con ese sombrero.

CELES ¡Eso no es nada!

PER. Oye, Manolo, ¿no has empezado el retrato de Mariana?

MAN. No he tenido tiempo.

PER. Pues como ella venga y se entere...

MAN. No es fácil.

CELES ¿Que no? Peralito la ha citado aquí.

MAN. ¿Es verdad? (A Peral.)

PER. Vendrá con Nieves. Las he dicho que antes de ir á la Castellana, subieran á comprometerte para cenar juntos esta noche.

MAN. Bueno.

CELES Es el cumpleaños de Nieves.

PER. ¡Hoy entra en la mayor edad! Ya está en condiciones de emanciparse de la familia.

MAN. No me hables de la familia.

PER. ¿Qué te pasa?

MAN. Lee esa carta que he recibido ayer de Bilbao. (Peral toma una que hay sobre la mesa y la lee.) Es de mi hermano.

CELES ¿Y qué te dice el severo don Hilario?

MAN. Lo de siempre. Que no sea loco, que piense bien lo de la boda, que esta vida que yo hago no es seria... El sermón de todas las cartas.

PER. (Aludiendo á la carta que leía.) ¿Y quién es esta niña bonita?

MAN. Pues... Marichu. (Burlonamente.) Una primita muy mona que tenemos y á quien, según dice mi hermano, todos los de casa la llaman *La niña bonita.*

PER. ¿Es guapa, efectivamente?

MAN. De pequeña no era fea. Hace un siglo que no la veo.

CELES Y tu hermano, ¿quiere que...?

MAN. Decidido á casarme con ella. Es un hombre que todo lo ve por el lado práctico. La niña bonita y yo, hemos heredado la granja de Portugalete.

PER. ¿Y qué?

MAN. Que está dividida en dos partes. La mía tiene viñas, árboles frutales, y un caudaloso arroyo que sirve para regar toda la posesión. La suya tiene la casa de labor, trigos, de todo, menos agua.

PER. Ya comprendo, casándote con la primita... todo se queda en casa. Pues, chico, no me parece un locura.

MAN. ¡Ah! ¿Y quieres tú que yo me sacrifique porque al arroyuelo ese le dé la gana de pasar por aquí y no vaya por allá?

CELES ¿Qué piensas decirle?

MAN. Ahí está mi carta á medio escribir. (Peral lee la otra carta.)

PER. Tu pereza de siempre.

MAN. Yo escribo poco. Los primeros días del mes acusando recibo de la letra.

CELES — Yo acuso recibo en una postal y no digo más que esto: «Corriente, mándame más el mes próximo.»

PER. — (Por la carta.) Pero esto es una negativa rotunda.

MAN. — Como debe ser. ¿Voy á unirme yo con una joven rústica, con una sencilla pastora, que se lavará las manos con jabón moreno y dirá *juente, trujo, nesecidá*?

PER. — No será para tanto.

CELES — ¡Qué exageración!

MAN. — ¡Quita, hombre, quita! Acostumbrado á estas mujeres de Madrid. Peinado modernista, guante perfumado, traje ajustadito, zapato á la inglesa...

CELES — ¡Encantadoras!

PER. — Te advierto que en todo eso hay mucha falsificación.

MAN. — ¡Calla, hombre!

PER. — Y donde crees adivinar bellezas ideales... encuentras desengaños de algodón en rama.

CELES — Eso también es cierto. La otra noche...

MAN. — Bueno; no nos importa.

PER. — ¿De modo que te niegas rotundamente al enlace?...

MAN. — (Cantado.)

«Yo no he nacido
para casado.»

CELES — Porque no te has enamorado en serio todavía.

PER. — Ni debe. ¡Viva el amor libre!

MAN. — ¡Estaría yo amoroso llevando del brazo á mi señora á ver los escaparates! (Risas.) ¡En uno de esos paseos me encontraba con Mariana, y allí se acababa la fidelidad conyugal!

PER. — El matrimonio debe ser una cosa muy pesada.

CELES — Ya ves tú, se cansó un rey de comer perdices todos los días.

MAN. — Pues donde dice perdiz, pones esposa, y que toquen á muerto. Mi prima puede ser feliz con otro. Yo no sirvo para el amor encadenado.

PER. Oye, ¿cuál será la sorpresa que te anuncia tu hermano?

CELES Que le va á traer la niña bonita. Como si lo viera.

MAN. ¿Aquí?.... Perdería el viaje. La sorpresa será alguna sandez como de costumbre. Un barril de sidra hecha en casa. Una muestra de mineral... ¡Tonterías!

ESCENA III

DICHOS, MARIANA y NIEVES. Aparecen en la puerta del foro. Visten con lujo. Son dos tipos de mujeres galantes y amigas de hacer favores, como la de Calatayud

MAR. ¿Dan ustedes hospitalidad?

MAN. ¡Mariana!... ¡Nieves!... (Saliendo al encuentro.)

PER. Ahí las tienes á las dos.

CELES ¡Olé las mujeres con palabra!...

MAN. Estoy en el secreto. Cenaremos juntos. ¿Queréis tomar aquí el vermouth?

MAR. No. Tenemos el coche abajo y vamos á dar una vuelta.

NIEVES ¿Dónde nos reunimos luego?

PER. Donde querais.

CELES Os esperaremos en la Carrera.

MAN. Bueno. ¿Os parece bien?

MAR. Por mí...

NIEVES No. Allí no, que hay mucha *goma* y de todo se enteran.

PER. ¿Y qué?... ¿Vamos á cometer algún pecado?

MAN. Yo creo que no, ¿verdad?

CELES ¡Al contrario!.. Así nos damos pisto. ¡Que rabien!

MAR. Mejor es que nos reunamos todos en casa de Nieves.

NIEVES Y más seguro el encuentro.

MAN. ¿Es allí la cena?

NIEVES Si no disponéis otra cosa.

PER. Sí, sí. En casa de Nieves.

MAR. Con más libertad, en ningún sitio.

CELES Que lo diga Regina.

MAN. ¿Quién?

NIEVES — Mi doncella. Pero oye, Celes, te advierto que si haces lo del otro día sales por un balcón.

MAR. — ¿Qué hizo este bárbaro?

NIEVES — Darle un sofocón á la pobre chica.

CELES — ¡Me dejaron solo con ella!... Fué una broma sin otro alcance. ¡Por pasar el rato!

NIEVES — La cogió descuidada y le dió treinta y seis besos.

PER. — ¡Qué animal!

CELES — ¿Cómo treinta y seis?

NIEVES — ¡Ella lo ha dicho!

MAR. — Pues hija, si tuvo cuidado de contarlos, no le parecería tan mal. (Risas generales)

MAN. — ¡Qué monada de niño! ¿Y en cuanto tiempo hiciste esa gracia?...

PER. — (Riendo.) En treinta y seis veces, ¿verdad?

MAN. — (Pegándole en broma.) ¡Sinvergüenza!

MAR. — Nos vamos. Hasta luego. No faltéis, de ocho y media á nueve.

MAN. — ¡Como un cronómetro! Os acompañaremos hasta el coche.

PER. — ¡Que no falte la salsa picante!

MAN. — ¡Que no falte el Champagne!

CELES — ¡Que no falte Regina!

MAR. — Hemos dispuesto un *menú* digno de tres príncipes.

NIEVES — Después habrá un ratito de Bacarrat... sin trampas.

MAN. — ¡Viva el Bacarrat!

PER. — ¡Noche de orgía!

CELES — ¡Programa delirante!

MAR. — ¡Viva el amor!

NIEVES — ¡Viva la juventud!

TODOS — ¡Vivaaaa!... (Hacen mutis todos por el foro cantando á voces «La Marsellesa» y armando un escándalo de dos mil demonios. A las voces, y antes del mutis de aquella gente alegre, sale el buen Quintín, que al presenciar la juerga, se hace cruces horrorizado de que la juventud de nuestros días sea tan libertina y tal. Como es consiguiente si se van los demás, Quintín se queda solo. Pausa.)

ESCENA IV

QUINTÍN. A poco SATURNINA, que es una noble planchadora, metidita en carnes y de apetitoso palmito

QUIN. ¡Santa Virgen de Begoña, qué loco te estás!... Amigos que tienes, mujeres que te llevas, físico que no te salvas... ¡Ah, señorito Manuel!... ¡Mueres joven, pues! (Arregla la habitación.) ¡Luego te dises, aprende como yo!... ¡Buenas cosas te enseñas!... Si hermano Hilario te viese vida que te hases...

SAT. Buenas tardes. (Entra por el foro con ropa de planchar en un pañuelo de hierbas.)

QUIN. ¡Hola! ¿Qué te dises, Sasturnina?

SAT. ¿Y tu señorito?

QUIN. Pues... señoritos buscas Nieves que te llevas.

SAT. ¿Qué dices, hombre?

QUIN. Viva el amor cantas cuando te sales vestida chaleco fantasía.

SAT. No te entiendo una palabra.

QUIN. Todos tienes manía no sabes que te digo.

SAT. ¡Quiá!... Si hablas cada día más claro.

QUIN. ¡Claro!

SAT. Bueno. Aquí tienes las camisas del señorito. ¿Tienes tú dinero para pagarme?

QUIN. Dinero sí que tienes; pero cuentas no te hases, lío que te armas.

SAT. ¡Tú sí que te armas un lío!

QUIN. ¡Virgen! Eso digo, pues.

SAT. Volveré. Coge la ropa y dame el pañuelo.

QUIN. Pañuelo no tienes.

SAT. Sí, hombre, éste.

QUIN. ¡Ah! Toma pañuelo, pues. (Desata el lío, guarda la ropa en el armario y le entrega el pañuelo en que venía envuelta.)

SAT. Hasta luego, y que te alivies del... frenillo. (Medio mutis.)

QUIN. ¡Chist!... ¡Chist!...

SAT. ¿Qué hace falta?

QUIN. ¿Sabes qué te digo, Sasturnina?

SAT. Tú dirás. Y si te entiendo...

QUIN. Ojos que tienes hasen corazón típiti.
SAT. ¿Típiti?
QUIN Bay.
SAT. No te entiendo.
QUIN. Que si amores quieres (Con cierta malicia.)
SAT. Ya te entiendo. ¿Y qué más?
QUIN. Más típiti. Y si blanca mano que te pido, pues, consedes. .
SAT. ¡Ay, qué gracia!
QUIN. Grasia que te tienes, amores que te pido, corasón te entrego.
SAT. Bueno, pues... asunto de que te hablas, trataremos despasio, pues. Hasta luego.
QUIN. Con Dios que te vayas, Sasturnina. (La acompaña hasta el foro, insistiendo en su amorosa demanda. Allí la detiene y le habla al oído.)
SAT. Cuando hables más claro. Déjame de músicas. (Mutis. Quintin vuelve y se dirige á la chimenea, arrodillándose para atizar el fuego.)
QUIN. ¡Ay, Sasturnina! Me tienes como chaminera que te ardes al fuego de leña que te pones... (Tararea el «Guernicaco arbola» ú otro zortzico popular, para hacer tiempo hasta que se presenten los nuevos personajes, que no tardarán. Ya están aquí.)

ESCENA V

QUINTÍN. Por el foro MARICHU, muchacha distinguida, en traje de viaje, con boina blanca de visera y velo, que es como viajan las de por allá. Con Marichu viene DON HILARIO, también en traje de camino Este buen señor es un tipo simpático, sencillo y natural, lo cual no impide que haya cumplido con creces los cuarenta años. No traen en la mano ningún chirimbolo de viaje; los han dejado en otra habitación del hotel. Don Hilario lleva colgada la cartera de viaje, que nadie suelta con facilidad, sobre todo si trae dinero, que es lo más lógico

D. HIL. (Leyendo el número del cuarto por dentro.) Dieciseis. Este es su cuarto.
MARI. Pues adelante.
D. HIL. Aquí no está.
QUIN. (Sin volver la cara.) ¿A quién te buscas?...
D. HIL. ¡Quintin! ¿Qué haces ahí?

QUIN. ¡Oh!... ¿Qué te hases por aquí? ¡Bienvenidos!

MARI. ¡Chico, qué elegante y qué gordo estás! ¡Te prueba bien la Corte!

QUIN. ¡Eso te disen!

MARI. ¿Estás solo?

D. HIL. ¿Y mi hermano? (Quintín indica, guiñando un ojo y con un movimiento de cabeza, que Manolo ha salido con cargamento de contrabando.) ¿Qué quiere decir eso?

QUIN. Que no te estás en casa, pues. ¡Virgen, qué torpe!

MARI. (Aparte á don Hilario.) Este sabrá la vidita que hace Manolo.

D. HIL. Sí, pero no lo dirá.

MARI. Ahora veremos. Oye, Quintín.

QUIN. ¿Qué te dises?

MARI. ¿Qué género de vida hace tu señorito?

QUIN. No sé qué vida te hases.

D. HIL. No nos engañes.

MARI. Tú siempre has tenido la buena costumbre de no mentir.

QUIN. Y ahora tampoco.

MARI. ¿Cómo tampoco?

QUIN. Que también dises verdad.

MARI. Bueno, pues dime.

QUIN. No sé qué te hases, señorito. En casa me quedas...

MARI. Pero tú sabrás...

QUIN. Mariana... Nieves... fiesta que te senas... Noches que no te duermes en casa... Amigos que te llevan... Braso que te subes... (Acción de beber.)

D. HIL. Lo de siempre: diversión y crápula. Ese cambiará de modo de ser cuando nazca de nuevo.

MARI. Mejor, mejor. Más vale que la corra de soltero.

QUIN. Novias que te tienes, semanas distintas, todas nuevas, pues.

D. HIL. Eso es; una cada día.

QUIN. Tú dises bien.

MARI. ¡Qué loco!

D. HIL. ¿Ves cómo no nos han engañado?

MARI. No importa. Ya se cansará.

D. Hil. (Aparte á Marichu.) No hables nada delante de éste, porque ya ves que todo lo cuenta.

Mari. Necesito que se vaya de aquí. Envíale á algún recado.

D. Hil. Ahora mismo. Oye, Quintín.

Quin. Señor.

D. Hil. Mira, por ese pasillo, al final, en el número veintisiete, está nuestro equipaje.

Quin. Bay.

D. Hil. Allí hay un cestito de fruta. Vete á llevarlo donde dicen las señas.

Quin. ¿Sesto con frutas?

D. Hil. Sí, hombre; allí lo verás. ¿Sabes leer?

Quin. Bay.

D. Hil. Pues anda.

Quin. Bien. (Medio mutis.) ¿Esperas propinas?

D. Hil. Hombre, yo no, pero si te la dan, la tomas.

Quin. Bay. (Medio mutis.)

Mari. Toma, Quintín.

Quin. Señorita. (Volviendo.)

Mari. De paso deja esto en el número veintiocho. (Le entrega la boina, el velo y el guardapolvo, que se ha quitado momentos antes, y Quintín hace mutis por el foro izquierda.)

D. Hil Pues ya lo ves, Marichu. El señorito Manolo es una bala perdida. Por mi parte, y después de lo que acabamos de oir, esta tarde volveríamos á Bilbao, sin darle la sorpresa anunciada.

Quin. (Entra por el foro con todo lo que llevaba.) Si vienes hermano señorito que tienes, dises que sesta con frutas...

D. Hil. Sí, hombre, sí. Vete y déjanos en paz.

Quin. ¿Que deje en paz?... Bay, bay. Sesta con frutas, camisas que te sepillas, planchadora que te hase típiti, recados que te mandas, entras, sales, vayas, vengas, no tienes reposo, así no te aprendes castellano, luego te llamas torpe; ya voy sesta con frutas... (Todo esto dicho con la velocidad de un exprés, para que resulte un lio de palabras incomprensible, y haciendo mutis por el foro izquierda. Los otros se ríen.)

ESCENA VI

MARICHU y DON HILARIO

MARI. ¡Pobre muchacho!... ¡Qué jerga!

D. HIL. Allí no sabía dar los buenos días en castellano, pero al lado de Manolo... va á aprender más de lo que le conviene.

MARI. Bien. Pero yo no desisto. Contigo, que has sido un padre para mí, no puedo tener secretos.

D. HIL. No debes.

MARI. Estoy enamorada de Manolo.

D. HIL. Lo siento, porque no lo merece.

MARI. Eso es precipitar las cosas. En estos años de ausencia me habéis acostumbrado á la idea de que había de ser mi marido. Aun no tenemos pruebas evidentes de su desdén. Quizá, en medio de sus locuras, me guarde un rinconcito en su corazón.

D. HIL. Te guarda en el rinconcito de la indiferencia.

MARI. Ya lo veremos. Mi amor propio de mujer joven... y no mal parecida...

D. HIL. ¡Vanidosilla!

MARI. Se resiste á creer en un desaire. La distancia es mal enemigo del amor. No ha habido encuentro, no ha habido lucha, no puedo desconfiar de la victoria.

D. HIL. Olvidas que Manolo viene negándose sistemáticamente á toda proposición de enlace.

MARI. Muy bien. Eso le hace doblemente simpático á mis ojos.

D. HIL. ¿Qué dices, chiquilla?

MARI. Lo que oyes. Esas bodas concertadas por la familia son refractarias á los hombres de cierta imaginación. La mujer no se admite por imposiciones de conveniencia; se conquista por inclinaciones del alma.

D. HIL. Honradas teorías, pero ten en cuenta que siendo vosotros los únicos propietarios de la granja...

MARI. Ya lo sé. Lo del arroyuelo ese que será el primero en murmurar de tus planes.

D. HIL. (Que se halla cerca de la mesa en este momento ha cogido la carta empezada de Manolo.) Oye, oye. Entérate de lo que me dice en esta carta sin terminar. (Lee.) «Respecto de la boda, será »inútil tu insistencia. ¿Casarme con la pri»mita?... ¡Primero fraile trapense! Yo no »puedo unirme á una mujer que dirá *haiga*, »*juente*, *trujo*, *nesecidá* y que se lavará las »manos los domingos con jabón moreno.»

MARI. ¡Já, já, já!... ¡Qué exagerado!

D. HIL. (Lee.) «Dame delicadezas, mimos, amor su»blime, una mujer que me entienda, y no »me hables más de esa zafia de pueblo, de »esa *niña bonita*»—con una raya por debajo —«orgullo de la granja, como tú dices.» ¡Ah!... ¿Te ríes?

MARI. Es natural. ¿Qué sabe él la educación que he recibido?... ¡Si no me conoce ya!... Todo eso favorece mi plan. Manolo caerá arrodillado á mis pies pidiéndome una esperanza de amor.

D. HIL. ¿A que no?

MARI. ¿Qué te apuestas?...

D. HIL. Perderás.

MARI. Tengo la seguridad de hacer de Manolo un buen muchacho y un excelente marido.

D. HIL. ¡Ilusiones!

MARI. ¡Ah!... si resulta un crapuloso incorregible, cada cual por su lado y en paz.

D. HIL. Así acabará todo esto.

MARI. Vé á tu cuarto, enciérrate y no salgas hasta que yo te avise.

D. HIL. Pero, ¿qué intentas?

MARI. Una farsa horrible contra Manolo.

D. HIL. Bueno, pues aquí te quedas. ¿Comeremos juntos?

MARI. Sí. Los tres. Tú, mi futuro marido y yo.

D. HIL. ¡Qué desengaño!

MARI. Piensa en el regalo de boda. Aquí hay grandes joyerías. ¡Confío en el triunfo! ¿No te acuerdas qué bien hice mi papel en aquella función?

D. HIL. El teatro no es la realidad.

MARI. Pero la vida es una comedia. (*Mutis don Hilario foro izquierda.*)

ESCENA VII

MARICHU dirigiéndose al retrato de Manolo

Bueno, señorito. ¿Conque... una zafia de pueblo que dice *juente*, *nesecidá* y se lava con jabón moreno?... Está bien. Usted sueña con dulces mimos, exquisitas delicadezas y todo eso que habla al alma, ¿verdad?... ¿Me supone usted una mujer rústica, con moño de picaporte y dos refajos amarillos, incapaz de hacer la felicidad de un hombre bien educado, eh?... Pues... ¡ay, de usted! como yo consiga interesar su corazón. Preparemos el campo de operaciones. La puerta cerrada para que la sorpresa sea mayor. (*Cierra la del foro.*) Mucha luz... para que me vea pronto. (*Enciende todo lo que luzca.*) El piano abierto y las bujías ardiendo. (*Las enciende.*) Muy bien. Sobre el atril, papeles de música.—*La Bohemia.* ¡Era natural!—Esta ópera ha envenado muchos cerebros.—Y ahora... esperemos tranquilamente la vuelta del señorito, haciéndole un retrato al óleo. (*Se sienta á la mesa, de espaldas á la puerta del foro, toma la paleta, una tablita y los pinceles, coloca el retrato delante para copiar y se dispone á pintar.*) La verdad es... que feo no eres. Pero, ¿y yo?... ¡Cuidadito con eso! Ya te daré yo *haiga* y *juente*. ¡Mire usted que suponer que yo me lavo las manos con jabón moreno!... ¡Ordinario!... ¡Jabón moreno!... (*La voz de Manolo se oye dentro. Ruido de un pestillo en la puerta del foro.*) ¿Abren?... Será él. ¡Ahora verás tú la zafia del pueblo! (*Se abre la puerta del foro. Manolo entra precipitado y cantando algo de «La Bohemia.» Al ver á Marichu queda como petrificado, con el sombrero en la mano y la boca abierta. Gran pausa y mucha mímica. Marichu sigue pintando y esperando tranquilamente los

acontecimientos. Manolo recorre con la mirada toda la escena, como reconociendo su habitación, y luego queda fijo mirando á Marichu con cara de inexplicable sorpresa.)

ESCENA VIII

MARICHU y MANOLO

MARI. ¿Quién es? (Con naturalidad.) ¡Ah! ¿Eres tú, Manolito?... ¡Ya es hora! Pasa, hombre; ven, acércate. ¿Qué haces ahí parado en la puerta como un colegial medroso en una visita de cumplido?... (Sigue pintando sin volver la cara.) Pero, ¿qué haces?

MAN. (Sin saber que decir.) ¿Es á mí?...

MARI. (Dejando con mucha calma la labor.) Vaya, ya sé lo que esperas. Quieres que salga al encuentro, como siempre, tu mujercita y te digo... (En este momento se levanta, lo mira y va hacia él; todo con absoluta naturalidad, como quien tiene costumbre de hacerlo á diario.) Ven, Manolo, ven á mis brazos. (Echándole los brazos al cuello. Asombro de Manolo, que permanece mudo é inmóvil como una estatua, sin comprender nada de lo que le sucede.) Pero, hombre, ¿dónde te estás que vienes tan tarde? Vamos, ven aquí. (Se suelta del cuello de Manolo, le toma por una mano y con cierto mimo lo trae cerca del proscenio. Manolo se deja conducir como un insconciente.) Hoy te aguardaba con más impaciencia que nunca. Ya me figuré que no venías á comer y había pensado acostarme antes que tú vinieras. No tengo apetito. Pero, ¿qué te pasa? ¿Te has quedado mudo? (Signo negativo de Manolo.) Pues, ¿qué es ello?

MAN. Señora... que tiene razón todo el que me lo dice.

MARI. ¿Cómo?

MAN. Que tengo una perturbación mental.

MARI. ¿Loco tú? ¡Já, já, já!

MAN. Pero perdido. Ya lo ve usted.

MARI. ¿Qué es eso de «usted»?

MAN. No, digo, ya ves... hasta ahora no me había dado cuenta de que yo estaba casado...

MARI. Pues, hombre, ya es ocasión de que te enteres; después de dos años...

MAN. ¿Dos años?

MARI. Y meses.

MAN. Bueno, pues... ya procuraré ir enterándome.

MARI Pero deja ese sombrero, criatura. (Le toma el sombrero y va con él á colocarlo sobre un candelabro de la chimenea.)

MAN. (Esto es una broma de carnaval. Pero yo le sigo la corriente y ya veremos quién es esta ciudadana.)

MARI Mira, Manolito, esta es la sorpresa que te reservaba para el día de tu santo. (Por el retrato empezado.)

MAN ¿Sí? ¿Y qué es ello?

MARI. Tu retrato.

MAN ¡Ah! ¿Mi?..

MARI. Sí, hombre; pintado por mí.

MAN Bueno.

MARI. Pero me has descubierto y ya no hay sorpresa. Sin embargo, lo acabaré. Ya es hora de que tengas tú algo pintado por mí, después de pintar tanto para los demás.

MAN. (Indignándose cómicamente.) ¿Cómo? ¿Has pintado cuadros para los demás y para tu marido no?

MARI Eso es; regáñame si te parece. ¿Por qué los he pintado?

MAN. No sé. (Con naturalidad.)

MARI. Para evitar nuestra ruina, para sostener la vida de regalo á que estábamos acostumbrados antes que tú derrochases nuestra fortuna. (Llorando.)

MAN. No llores, hijita. Es verdad, sí. Soy un derrochador, un infame... (¡Está loca, no tiene duda!)

MARI. ¿Por quién me veo obligada á dar lecciones de francés, de labores, de piano, dímelo?

MAN. Por mí, hija, por mí.

MARI. Sí, señor, por tí, por tus vicios, por tus devaneos, por esa Mariana y esa Nieves...

MAN. ¿Mariana?... ¿Nieves?... ¿Quién te ha dicho?... (¡Señor!... ¿estaré soñando?)

MARI. No, si ya sabes que yo te perdono, porque después de todo, ¿á quién puedes querer tú más que á mí?...

MAN. A nadie... vida mía... (¿Cómo se llamará mi mujer? ¡Y es muy bonita!)

MARI. Ahora... (Con gazmoñería.) si tu fueras un marido cariñoso...

MAN. ¿Qué?.. Habla.

MARI. Pues, ahora... para contentarme... debieras decirme... «Conchita, toma un abrazo.»

MAN. Ahora mismo. Conchita, toma un abrazo. (Abrazándola.) ¿Quieres tomar algo más?

MARI. Otro abrazo. (La abraza.)

MAN. ¡Todos los que quieras!

MARI. (¡Qué pillo! ¡Cómo aprieta!)

MAN. ¡Con toda mi alma!

MARI. Ya sabes que yo amo las delicadezas... los dulces mimos... todo eso que habla al alma...

MAN. ¡Como yo! ¡No puedo con la gente ordinaria!

MARI. ¡Como tú! Ya lo sé. Por eso me casé contigo.

MAN. Justamente. Por eso... nos casamos.

MARI. ¿Te acuerdas qué rabia te tenía yo antes?

MAN. ¿Sí? Pues mira, de eso no me acuerdo.

MARI ¡Oh! Verás. Cuando todavía no eras mi novio y la familia se empeñaba en que había de ser tu mujer, yo me figuré que tú eras un hombre, así...

MAN. ¿Cómo, hijita?

MARI. ¡Qué se yo! Un tío vulgar. «Manuel», «Manuel», así se llamaba el mozo de cuadra...

MAN. ¿Qué?

MARI. Sí; creía yo, ¡qué tontería! que hablabas como un carretero, que te atracabas de vino barato, que te sujetabas los pantalones con una cuerda y que te revolcabas por el suelo para dormir la siesta.

MAN. ¡Qué atrocidad! (Riendo forzadamente.)

MARI. Vamos, en una palabra, creí que eras un salvaje.

MAN. Muchas gracias, Conchita.

MARI. ¡Tonto! ¡Si no te conocía!...

MAN. ¿Y por qué me suponías un tío ordinario sin conocerme?

MARI. Pues no te lo puedo explicar. ¿No te ha sucedido á tí pensar mal de.. cualquiera y encontrarte luego con todo lo contrarío?

MAN. ¡Nunca!

MARI. Pero, ¿te puede suceder?

MAN. Eso sí.

MARI. Naturalmente. Lo mismo que me pasó á mí. Luego vi que eras un hombre distinguido, de talento, con ilustración...

MAN. ¡Pchs! Para no hacer mal papel.

MARI. Vi que vestias el frac con admirable corrección, supe que te traían los jabones de Londres, y sobre todo, me daba gusto oirte hablar, en nuestro viaje de novios por el extranjero, cuatro ó cinco idiomas distintos..

MAN. No era yo.

MARI. ¿Cómo?

MAN. Que el viaje de novios no lo hiciste conmigo, digo, no sé lo que me digo.

MARI. ¿Pero tú no sabes hablar más que en castellano?

MAN. ¡Nada más!

MARI. ¡*Oh, mon Dieu*!

MAN. Bueno; pero el castellano lo hablo muy bien.

MARI Hombre, ¡por Dios! ya lo sé. Ya sé que tú no dices *hespital*, ni *proseción*, ni *arrempujas*.

MAN. ¡No disparates!

MARI Si ya lo sé. Como sé que tocas el piano mejor que Tragó, Planté, *Padereusqui*.

MAN. Tampoco. En ese, sólo cencerrean mis amigos. Pero yo... ¡ni esto! Si tuviera manubrio...

MARI. ¿Cómo? ¿Tú no sabes?

MAN. ¡No sé, ni dónde está el sol!

MARI. Pero, ¿ningún instrumento?

MAN. ¡Ninguno!

MARI. Estaré confundida. Yo creí que tocabas algo...

MAN. Nada.

MARI. Por lo menos el violón.

MAN. ¿Eh?... Lo único que hago es pintar cuatro monos... pero ¡muy mal!

MARI. Yo procuraré completar tu educación artís-

tica, si prometes no dejarme sola tantas horas al día.

MAN. Prometido.

MARI ¿Vas á ser bueno?

MAN. ¡Como un santo!

MARI. ¿Me quieres mucho, Manolito?

MAN. ¡Con toda mi alma!

MARI. ¿Serás complaciente en todo lo que te pida?

MAN. Pide.

MARI. ¿Tienes retratos de Mariana y de Nieves?

MAN. Sí.

MARI. ¡Pues dámelos!

MAN. ¿Qué vas á hacer?

MARI (Trágica.) ¡¡Quemarlos!!... ¡¡Destruirlos!!.... ¡Yo no quiero que tú ames á nadie más que á mí!... ¡Eres mi marido!... ¡Mi amor!... ¡Mi vida entera!... ¡Me perteneces!... ¡Todo cuanto se acerca á tí me inspira celos!... ¡Quiero ser sola en tu corazón!... ¡Dueña de tu pensamiento!... ¡Reina de tu voluntad!... ¡¡Manolo!!... ¡¡Manolo mío!!... ¡¡Te amo hasta la locura!!... ¡¡Hasta el delirio!!... ¡¡¡Tú eres mi dicha!!!... ¡¡¡Mi sueño dorado!!!

MAN. (¡Le entró el vértigo!) Habla, Concha, ¿qué deseas? ¿qué quieres?

MARI. (Gran transición.) ¡Que vayas por los retratos!

MAN. ¡Volando! (Entra rápido en la derecha. Marichu le sigue y cierra la puerta con llave.)

MARI El recorrido ha sido... de prueba. Ahora que muera de curiosidad. (Medio mutis.) ¡Por Dios, si lo sacan del encierro... no digan ustedes nada! (Mutis rápido por la puerta del foro que deja abierta.)

ESCENA IX

Después de una pausa, entran por el foro PERALITO y CELES

PER. (Al entrar.) ¡Manolo!

CELES ¡Manolo!

PER. Pero, ¿dónde se ha metido este hombre?

CELES Oye, fíjate. Todo encendido.

PER. Aquí ha habido juerga Y tampoco está Quintín.

CELES Pues á Manolo lo ha visto subir el portero.

CELES ¿Ves tú? Y dijo que venía por el gabán.

PER. (Mirando en la derecha.) A mí no me la da ese. Aquí hay gato encerrado.

CELES ¿Y qué hacemos?

PER. Marcharnos ahora mismo á comer con esas.

CELES ¿Tú y yo solos?

PER. ¡Claro!

CELES Lo siento por la Regina. (Medio mutis. Golpes repetidos en la puerta derecha.)

ESCENA X

DICHOS y MANOLO, por la derecha

MAN. (Dentro.) ¡Concha!... ¡Conchita!... ¡Abre, mujer!...

PER. ¡Es él!

CELES ¿Qué dice?

MAN. ¿Para qué has echado la llave? ¡Abre!... Toma los retratos.

PER. ¿Con quién hablas?

MAN. ¿No está ahí mi mujer?

PER. ¿Su mujer? (Abre la puerta.) Este hombre está como un cencerro.

CELES (Al ver á Manolo que sale loco con dos retratos de mujer colocados en marcos.) ¿Por quién preguntas?...

MAN. Por mi mujer, Conchita, ¿dónde está?...

PER. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!... ¡Pobre Manolo! ¿Por qué no vas á que te vea Ezquerdo?

CELES ¿Qué dices, hombre?

MAN. Tú que sabes. Los locos sois vosotros. Hace dos años que estoy casado con una mujer que sabe la mar de cosas. Ella creía que yo era un salvaje, pero no hay tal cosa. Soy un hombre muy ilustrado, me lo ha dicho ella; ella misma que me adora con toda su alma y me ha pedido estos retratos.

PER. ¡Nieves!

CELES ¡Mariana!

MAN. Sí, señor, tiene celos y con razón. Yo he derrochado su fortuna... He sido un calavera...

PER. Vaya, hasta luego y ¡que te alivies! (Medio mutis.)

CELES Lo mismo digo. (Idem.)

MAN. ¡Venid acá! Pero vosotros ¿no la habéis visto?

PER. ¿A quién?

MAN. Estaba aquí mismo hace un instante.

CELES Aquí no había nadie. ¿De quién hablas?... ¡Si no te entendemos!

MAN. También vosotros estais en la farsa. Voy á registrar el hotel de arriba á abajo! (Sale corriendo por el foro.)

PER. ¡Pero escucha!

CELES ¡Oye, Manolo!...

PER Chico, decididamente hay que escribir á su casa, contando lo que sucede.

CELES Pero hoy mismo.

PER. Deben de ser alucinaciones.

CELES ¡A mí me da miedo!

PER. ¿Vámonos?

CELES Vámonos.

PER. Si vuelve á la razón... ya sabe dónde estamos.

CELES ¿Y si no vuelve?

PER. Pues cenamos nosotros, porque nosotros, ¿qué culpa tenemos?

CELES Andando.

PER. Siempre dije yo que éste acabaría en un manicomio.

CELES ¡Pobre muchacho! ¡Está como una pelota. (Mutis los dos foro. Pequeña pausa.)

ESCENA XI

MANOLO, foro, lado opuesto al mutis de los anteriores

Esa mujer es un duende y esta aventura no puede terminar así. ¿Quién es?... ¿De dónde viene?... ¿Qué pretende... ¿Es una loca?... No sé. ¡Esto me parece una burla de mal género!

ESCENA XII

MANOLO y MARICHU, foro

MARI. (*Entra con sigilo, sonriendo satisfecha.*) Salió del encierro, pero está solo. (*Adelanta.*) ¡Caballero...

MAN. ¡Ella!

MARI. Pido á usted mil perdones por la broma que me he permitido...

MAN. Señora...

MARI. Soy una actriz que vive en el cuarto inmediato... y una servidora de usted.

MAN. No se me alcanza lo que usted se proponía.

MARI. Tiene su explicación. Varias amigas que vienen á visitarme y yo, hemos oído á usted hablar horrores de las mujeres virtuosas desde ese cuarto. Aseguraba usted, predicando el amor libre, que no habría ninguna capaz de preocuparle seriamente. Yo prometí á mis amigas convencerle á usted de lo contrario, apostando una caja de bombones.. que ruego á usted que pague, para demostrarlas además, que es usted un hombre galante.

MAN. ¿Será posible?... Luego, ¿ha pretendido usted castigarme por pasar el rato?...

MARI. Mis amigas lo han visto todo por la cerradura.

MAN. Señora...

MARI. ¿Qué?...

MAN. Hubiera preferido no saber nunca la verdad.

MARI. ¿Qué mal hay en ello? Desde hoy podemos ser dos buenos amigos.

MAN. ¿Nada más?...

MARI. ¡Caballero!... Vea usted lo que piensa.

MAN. Conchita... digo, señora, nada que pueda ofenderla. Estoy enamorado de usted.

MARI. ¿Tan pronto?...

MAN. No concibo la felicidad sin que usted me llame algún día—más en serio—«¡Manolo mío!»

MARI. Imposible, caballero. Soy casada.
MAN. ¡¡¡Casada!!!
MARI. Y aunque no lo fuera... ¡si usted no concibe el amor encadenado!
MAN. Eso se lo he dicho á un hermano mío que me amenazaba con una boda inverosímil.
MARI. ¿Si?
MAN. Palabra de honor. Querían casarme con una zafia de pueblo.
MARI. ¿Con una zafia?... ¿Por qué?
MAN. Pues... porque un arroyo que debía pasar por aquí, pasa por un poco más allá.
MARI. ¡Es una contrariedad!
MAN. ¡Quiérame usted, por Dios, Conchita!
MARI. ¡No sabe usted lo que pide!... ¿Tanta es su pasión?
MAN. ¡Ay, si fuera usted soltera!...
MARI. Pero, ¿se hubiera usted casado conmigo?
MAN. Sin reflexionarlo.
MARI. ¡Qué lástima!... ¡No habernos conocido antes!...
MAN. Por lo menos... prométame usted que se quedará viuda lo antes posible.
MARI. ¡Pero, Manolo!...
MAN. Ha hecho usted vibrar todas las fibras de mi corazón.
MARI. ¿Y mi marido?...
MAN. (Arrodillándose.) ¡Una esperanza, por Dios!...

ESCENA XIII

DICHOS y DON HILARIO, que aparece en el foro, sorprendiendo arrodillado á Manolo

D. HIL. ¡Já, já, já!
MAN. (Levantándose de repente.) ¡Eh!... ¡Hilario!... ¿Tú en Madrid?
D. HIL. Sí, hombre; vengo acompañando á la actriz, á *la niña bonita*, orgullo de la granja como yo te aseguraba.
MAN. ¿Qué dices?
D. HIL. Sí; á esta zafia de pueblo, que pinta, toca el piano, habla francés y te da cien vueltas.

MAN. ¡Marichu!...
MARI. ¡Protesto del jabón moreno!
MAN. Perdóname, Marichu. Estoy bien castigado Has venido á traer la felicidad á este pobre loco que te desdeñaba sin conocerte. (La abraza.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y QUINTÍN por el foro con una cesta de regular tamaño, cubierta por un lienzo blanco que va cosido alrededor

QUIN. ¿Sabes qué te disen, pues, casa que te llevas, sesta con frutas?...
D. HIL. ¿Qué te ha pasado?
QUIN. Que no es allí, porque no te ha encargado nada de sestas.
D. HIL. Pero, hombre, si es un regalo que yo traigo á ese caballero.
QUIN. ¡Virgen! No dises nada, pues...
D. HIL. Déjalo. Luego se llevará.
MAN. Uniéndome á «mi Conchita»
no he de echar de menos nada.
MARI. Algo falta .. (Aludiendo al público.)
MAN. (Al público.) Una palmada
para *la niña bonita.*

TELON

Obras del mismo autor

La casa del duende, apropósito en un acto, original y en verso.

Bordeaux, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa. (*)

El juicio de Fuenterreal, pasillo cómico-lírico, en un acto, dividido en cuatro cuadros, original y en prosa. (*)

Los triunviros, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa.

Tres tristes trogloditas, trastada cómico-lírica, en un acto, dividida en cinco cuadros, original, en prosa y verso.

Chavea, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa.

La Sultana de Marruecos, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa. (*)

Las manzanas del vecino, cuento viejo en acción, en un acto, dividido en cuatro cuadros, en verso y con música. (*)

Los murciélagos, comedia dramática, en tres actos, cuatro cuadros, original y en verso. (*)

S. M. el Buro, fantasía cómico-lírica, en un acto, dividido en cuatro cuadros, original, en verso y prosa.

La víspera de San Pedro, sainete lírico en un acto, original y en prosa.

Charito, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en verso. (*)

El caballo de Atila, juguete cómico-lírico, en un acto, arreglado del francés, en prosa. (*)

Mañana será otro día, boceto cómico-lírico y casi filosófico, de tipos y malas costumbres, en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en verso y prosa. (*)

El sueño de anoche, pesadilla cómico-lírica sin importancia, en un acto, original, en prosa y verso.

A vuela pluma, exposición cómico-lírica, en un acto y varios bocetos, original, en prosa y verso.

Madrid-Colón, humorada cómico-lírica, en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en verso y prosa. (*)

Los maestros cantores, revista cómico-lírica, en un acto, dividido en cuatro cuadros, original, en verso y prosa.

Año nuevo, vida nueva, fantasía cómico-lírica, en un acto, dividido en cinco cuadros, original y en prosa.

La danza macabra, sueño cómico-lírico-tenebroso, en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en verso y prosa.

Miss'Hisipí, humorada cómico-lírica, en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en prosa y verso.

Los cuentos del año, fantasía cómico-lírico-madrileña, en un acto, dividido en un prólogo y cuatro cuadros, original, en prosa y verso.

Crispulín, juguete cómico-lírico, en un acto, original, en verso y prosa.

Las hojas del calendario, revista cómico-lírica, en un acto, dividido en un prólogo y cinco cuadros, original y en verso. (*)

Los africanistas, humorada cómico-lírica, consecuencia de *El dúo de La Africana*, en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa. (*)

La romería del halcón ó el alquimista y las villanas y desdenes mal fingidos, presentimiento cómico-lírico y casi

bufo del admirable sainete *La verbena de la Paloma ó el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos*, en un acto, dividido en tres cuadros. en verso y prosa. (*)

El primer amor, juguete cómico-inocente en un acto, original y en verso.

Eclipse de luna, opereta en tres actos y en prosa, arreglada del francés. (*)

El enigma, *(Le sphinx)*, drama escrito en francés por Octave Feuillet y arreglado á la escena española, en tres actos y en prosa. (*)

La Japonesa, extravagancia cómico-lírico-acrobática, en un acto dividido en tres cuadros, original y en prosa.

La boda de los muñecos, juguete cómico-lírico, en un acto, original, en prosa y verso. (*)

Madrid-Cómico, revista lírica en un acto, dividido en cinco cuadros, original en prosa y verso. (*)

Música prohibita, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en verso.

La lugareña, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa.

Charivari, revista cómico-lírico-fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en prosa y verso. (*)

El fraile descalzo, juguete cómico, en un acto y en prosa. (*)

¡Simón es un lila!, parodia lírica, en un acto y en verso, de la ópera *Sansón y Dalila*.

El tío Pepe, juguete cómico-lírico, en un acto, original, en prosa y verso.

El mentidero, revista cómico-lírica, en un acto, dividido en cinco cuadros, original y en verso. (*)

Los de Farandul, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa.

El mentidero. (Refundición.)

Venus-Salón, fantasía cómico-lírica. en un acto, dividido en cuatro cuadros, original, en verso y prosa. (*)

El balido del Zulú, parodia de la zarzuela *La balada de la luz*, en un acto, dividido en tres cuadros y en verso. (*)

Condición humana, juguete cómico en un acto, original y en prosa.

La dolora, juguete cómico en un acto y en prosa, inspirado en una del ilustre Campoamor. (*)

Juan y Manuela, cuento de golfos en acción (imitado de la ópera *Juanito y Margarita*), en un acto dividido en cinco cuadros, en prosa y verso. (*)

Copito de nieve, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa. (*)

Venus-Salón. (Refundición).

El pícaro mundo, apropósito cómico-lírico en un acto, dividido en cuatro cuadros. (*)

Eden-Club, apropósito cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros.

Vida galante, juguete cómico-lírico-transformista en un acto con prólogo.

¡¡Lagarto!!... ¡¡Lagarto!!... juguete cómico en un acto, escrito sobre el pensamiento de una novela italiana.

«La condesa X», comedia en dos actos y en prosa.

La niña bonita, juguete cómico en un acto, original y en prosa.

(*) En colaboración.



Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.